



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

EDUCACION.

UN BUEN NOMBRE OBLIGA.

¡Cuántas veces en las horas de soledad nos preguntamos á nosotras mismas, qué significacion tiene el nombre que llevamos, y qué valor puede darse á un nombre en la consideracion de la mujer! Cuántas veces nuestro pensamiento se detiene por un instante en el brillo de ciertos nombres históricos, sintiendo no llevar alguno ilustre, ó célebre á lo menos! Si reflexionamos un poco sobre este punto vendremos á convenir en que el nombre que llevamos, por oscuro que sea, es un timbre de gran valia que debemos conservar.

Desde la venida del Salvador no es el hombre solo el encargado de sostener intacto el nombre de sus padres: la mujer, á quien la religion cristiana ha hecho su compañera, está llamada á coadyuvar á este objeto piadoso; como hija, como hermana, es solidaria del buen nombre de su

padre, de sus hermanos: mas tarde, como esposa, como madre está llamada á preservar de toda mancha el nombre de su esposo y el de sus hijos. Ella es la primera que debe enseñar á su hijo y á su hija á respetar este nombre, á honrarle en su padre, y á tratar de hacerlo respetar con su conducta cuando llega la época de demostrar que ellos tambien son dignos de llevarlo.

El buen nombre de la familia es un tesoro que la mujer debe aumentar cada dia por su juicio, su reserva y su respeto á la opinion, cualidades que reunidas forman la aureola de que habla el Sábio: *la mujer virtuosa es la corona de su marido, pero la que causa su vergüenza es la carcoma de sus huesos.*

La mujer está mucho mas sometida que el hombre á la opinion pública: el hombre, seguro de su conciencia, puede á veces desafiarla, y aun sin gran menoscabo de su reputacion permitirse alguna libertad en su juventud: la mujer debe conocer que no basta ser sin reproche,

sino que es menester parecerlo, porque sobre las apariencias se fundan los juicios que formamos de los demás. Cuántas mujeres no han comprometido la opinion de toda su vida quizá por la sola apariencia de una ligereza.

Y no hay lugar para quejarse de esta injusticia tan patente: el mundo es así. No es permitido á la mujer participar de la independencia que tanto envidiamos en el hombre: en ninguna edad puede faltar á las conveniencias que exige la sociedad en que vive, ni intentar sobreponerse á la opinion pública sin atraer sobre sí eternos pesares. Preciso es por lo tanto aceptar sin reserva los deberes que nos impone el solo título de mujer, con la firme voluntad de hacernos dignas de la estimacion general.

Hemos oido á mas de una jóven declarar altamente que solo esperaba su mayor edad para gozar de un poco de libertad. Entonces, decia, no queriendo casarme, tendré el derecho de vivir á mi gusto, de tomar parte en todos los placeres permitidos, de ver á quien me parezca, y me reiré del qué dirán. Pero llegada esta edad teme que una soltera jóven, aunque mayor de edad, no pueda, sin comprometer su reputacion, andar sola por todas partes, sin cuidarse del qué dirán. La perplejidad sucede, pues, á aquellos proyectos atrevidos, y aplaza, á los treinta años, el goce entero de esa

libertad tan deseada. A los treinta años le es mas costoso que á los veinte y cinco el resolverse á perder la estimacion que ha sabido adquirirse por su conducta reservada, y cuyo precio empieza á conocer: decididamente la es preciso esperar á cumplir los cuarenta. ¡Oh, entonces! Entonces menos que á los veinte y cinco. ¿Es posible consentir en verse confundida con mujeres que á aquella edad principian á dar qué hablar, dejando ancho campo á la malignidad pública? A los cincuenta, á los sesenta años, en fin, será ya una libre; ¿y para qué? ¿Puede una mujer cubierta de canas ser inconsecuente con su vida pasada? ¿Sacrificará al ridículo su buena reputacion? Por otra parte la reflexion y la esperiencia han ilustrado ya en esta edad á la mujer sobre el verdadero valor de los placeres del mundo, y al mismo tiempo sobre el inestimable precio de una buena opinion comprada con sacrificios, hechos en una vida entera, al bien parecer, y al respeto de sí misma.

¿No ofrece esta consideracion goces que ninguna otra podria llenar? ¿No nos satisface y honra al mismo tiempo el ser buscadas por hombres de talento y de corazon que saben lo que vale la amistad de una mujer cuya vida ha sido irreprochable? ¿No nos llena de orgullo el vernos rodeadas de la estimacion de las madres de familia, que anhelan para sus hi-

jos nuestro trato, en el que no pueden menos de ganar, y para sus hijas el apoyo que presta, sin pensarlo, á todo lo que se le acerca una mujer digna de ser honrada?

Hé aquí lo que me han confesado algunas señoras de edad, solteras ó viudas, que habian tenido que luchar en su juventud con el espíritu de revuelta que suscitan en un sexo débil y destinado á llevar un yugo, á veces demasiado pesado, esas leyes que le imponen el bien parecer y las conveniencias sociales. Todas habian conocido, aunque al principio confusamente, que una buena reputacion, que un nombre puro de toda mancha, son preferibles á los efímeros goces de un dia. Algunas de ellas ostentaban en sus títulos timbres gloriosos de sus antepasados, adquiridos en las ciencias ó las artes, otras tenian un nombre oscuro, pero que su padre, su madre, ó su marido, habian llevado con honor; pero todas con su conducta habian demostrado que si el nombre histórico de nobleza *obliga*, no es menos respetable para sus descendientes la memoria de un hombre de bien. ¡Desdichada aquella que no sabe hacer honrar en sí misma el nombre de sus padres!

Una indisposicion del digno colaborador que redacta con tanto acierto esta parte de nuestro periódico, me ha precisado á tomar sobre mí una tarea superior á mis débiles fuerzas. Dichosa yo, amables lectoras, si con-

siguiera que sin fijar vuestra atencion en el ningun mérito literario de este artículo, os hubiéseis persuadido de que el nombre que llevamos es parte integrante de nuestro sér, y que el comprometerle por ligereza ó aturdimiento puede causar la desdicha de nuestra vida.

P. DE V.

LITERATURA.

Una esperanza perdida.

.....
Solo Dios puede calmar
El dolor del corazon.»

Doña Robustiana Armiño.

De eternal decreto á impulso
vuelan siglos y estaciones,
se estremecen las naciones,
mueren prestigio y poder.

Entre negro torbellino
todo cambia y desaparece;
nada inmoble permanece
en su forma ó en su ser.

Solo una idea subsiste,
impía, imperecedera,
que las fibras dilacera
como tósigo mortal:

Es el atroz sentimiento
de una esperanza perdida,
por siempre desvanecida
en la atmósfera del mal.

Hacínad joyas y galas;
riquezas sobre riquezas,
grandezas sobre grandezas,
en ciego afán hacínad.

¿Acaso intentais, mezquinos!
con oro suplir la calma,
tesoro inmenso del alma,
don del cielo en su bondad?

Si el brillo y el fausto irritan
del corazon la dolencia,
¿ qué hallareis de la opulencia
en la pompa valadí ?

Nada impotentes le ofrecen
el oro ni la privanza ;
« ¡ devolvedme mi esperanza !.... »
responde en su frenesí.

¡ Ay del que en dia propicio
alzó á una esperanza el vuelo ,
y en su delicioso anhelo
amores faustos soñó !

Y arrullado por quimeras ,
creóse en delirio insano
un destino sobrehumano,
y el cielo, audaz asaltó !

Mintióse auroras sin noche ,
ó noches siempre serenas ,
de inefable encanto llenas ,
de poesía y de fé ;

Y en celestiales ensueños
olvidado de sí mismo ,
de rosas cubrió el abismo
que amenazaba su pié.

Mas deshecha su esperanza ,
cual la niebla matutina
que al rayo del sol declina ,
llora ¡ ya tarde ! su error.

Y llora al fin disipadas
sus mas caras ilusiones ,
sus radiantes creaciones
de placer y eterno amor.

Acaso pide al retiro ,
á la razon y al estudio ,
de paz un leve prelude.....
¡ ay ! la ciencia y la razon ,

Con sus locas pretensiones ,
con su talisman brillante ,
poder no encierran bastante
á calmar el corazon.

Torcedor que lento mata ,
que abruma horrible y eterno ,
cuál es su nombre ? El infierno
en su dintel lo estampó !

Renunciar á una esperanza
no es abdicar la existencia ?
¿ no es arrostrar la sentencia
mas dura que Dios lanzó ?

¿ Por qué el corrosivo aliento
se respira de la muerte ,
cuando tal vez blanda suerte
brinda brillo y juventud ?

Y súfrese en áureo lecho
insoportable tortura ,
y hasta la misma ventura
desprende amarga inquietud ?

Porque una dulce esperanza
huyó de nuestro camino ,
y á merced de hostil destino
sulcamos pérfido mar.

Y apagado el astro bello
que tan fulgente lucia ,
en aciaga travesía
es forzoso naufragar !

M. M. FLAMANT.

El Sueño de Alicia.

CUENTO.

—Duerme, duerme, ¡ángel mio! con el tranquilo sueño de la inocencia, cercado de flores y placeres, decia una tierna madre, imprimiendo dos besos sobre las sonrosadas mejillas de su Alicia; duerme, hija mia, adios hasta mañana.

Pero en vez de responder con una sonrisa á estas cariñosas palabras, Alicia dejó caer tristemente la cabeza sobre la almohada, murmurando: —Oh! me veré siempre obligada á acostarme á las nueve de la noche? Por qué no volverán aquellos tiempos en que se daban á los niños por nodrizas *hadass benéficas* que obedecian á su voz y les concedian cuanto deseaban!.....

Apenas acababa de pronunciar Alicia estas frases, cuando principió á esparcirse por su habitacion, tapizada de azul, una suave luz;

la colgadura de la cama se corrió como por encanto, y vió adelantarse hácia ella una bella y magestuosa matrona: al pronto tuvo miedo; pero la vision era tan simpática, y su semblante tan encantador y risueño, que Alicia se tranquilizó, dejándose coger la mano sin temor.

—Hermosa niña, dijo la matrona, pretendiendo el mundo que pasó el reinado de las hadas; sin embargo, créeme, algunas escaparon de las revoluciones que las han alejado de la tierra, y aparecen de vez en cuando á aquellos á quienes creen dignos de sus dones.

—Es posible? exclamó Alicia. ¡Oh! Señora.... basta veros para reconocer que sois una de esas buenas hadas, siempre dispuestas á escuchar los deseos....

—De las niñas buenas, y como tú lo eres, Alicia, quiero hacerte un presente. Toma este libro escrito de mi propia mano: es el libro de tu vida; he incluido en él cuanta felicidad y ventura me está concedida reasumir en la existencia de un mortal; cada página encierra uno de tus días, que terminará conforme vayas volviendo la hoja; por lo tanto, en tí tan solo consiste el que los años corran; pero si dejas pasar mas de veinte y cuatro horas sin volver la página que corresponde, ella se correrá por sí sola, puesto que no es posible prolongar la vida mas allá de los límites fijados por el mismo Dios.

Al pronto Alicia no comprendió muy bien lo que acababa de decir la matrona; pero mirando el encabezamiento de la hoja por donde el libro estaba abierto, leyó la palabra *Infancia*, acordóse que estaba aun en la infancia de su vida, en esa infancia que tanto deseaba terminar; y se regocijó pensando lo fácil que le era llegar á la juventud; levantó la cabeza para dar gracias á la buena hada, pero habia desaparecido, y tan solo quedaba en su lugar una claridad semejante á un fuego de Bengala amortiguado, y una odorífera atmósfera embalsamada de ámbar y rosa.

Desde aquel momento nada ocupó la atención de Alicia mas que el libro maravilloso:

ni un instante se detuvo en admirar las ricas cubiertas de nácar incrustadas de oro, los broches adornados de esmeraldas y záfiro, las miniaturas de un trabajo singular que habia en muchas hojas; una cosa tan solo le interesaba: ¡su vida! su vida escrita día por día en cada página. Hubiera querido poderla leer toda al primer golpe de vista; pero la hada le habia dicho: Las hojas vueltas serán dias pasados, y Alicia no tenia gran prisa en ser vieja ni en tener cabellos blancos y arrugas en la frente.

Continuó el exámen de la página abierta por la hada, y leyó las palabras *alegrías, placeres, caricias de una madre*, escritas en graciosos y elegantes caracteres: ¡encantadoras frases! Pero la página era la de la infancia, y hacia mucho tiempo que Alicia era niña!.... así que sin mirar siquiera las sucesivas las volvió con rapidez hasta llegar á una en que leyó en letras de oro: *Quince años!*

—Al fin, dijo, hème aquí una jóven, ya no me acostaré mas á las nueve, ya voy con mi madre á las diversiones y bailes!..... El baile! Qué hermoso! Qué arrebatador! Oh, Dios mio, cuán dichosa soy! Pero qué oigo? Me parece que hablan de mí; escuchemos. —Conoceis á esa niña? —Sí, es Alicia. —A qué traerán á esa niña al baile, no fuera mejor mandarla á la maestra?

—A la maestra! repitió Alicia; es así como se me trata á los quince años!.... afortunadamente tengo el libro de mi hada; volvamos algunas hojas. Bueno, ya están; tengo ya diez y ocho años!... «A los diez y ocho años soy mucho mas hermosa, y despues todos los placeres, los festines!..... Dios mio! quién acaba de hablarme de decepciones, de celos? Me quieren porque soy bonita y amable, y porque tengo talento,.... Yo que creía que nada tendria que hacer y estoy mas ocupada que nunca! aun es menester estudiar, ayudar á mi mamá en el gobierno de la casa.... Si escasamente me queda tiempo para pensar en los tocados que quiero lucir en el baile. Es enojoso tener diez y ocho años; acabemos

de una vez con la vida de j6ven ; volvamos, volvamos p6ginas.... ¡Gracias 6 Dios, ya estoy casada !....»

Durante un mes Alicia volvi6 las hojas de su libro pausadamente, empleando en cada una el justo intervalo de veinte y cuatro horas. Pero bien pronto, no sabemos por qu6 razon, principi6 6 ir mas de prisa, y apenas lo habia soñado, cuando se encontr6 al t6rmino del primer a6o de matrimonio, y as6 sucesivamente del segundo y del tercero..... Alicia gozaba aun algunos dias felices ; pero eran pocos, y rara vez libres de alguna nubecilla que empañara su bienestar. El marido no sonre6a siempre, los ni6os eran revoltosos, 6 bien estaban enfermos; luego hab6a que dirigir una casa, y en ella criados 6 quienes vigilar !.... Desde entonces ni bailes, ni placeres !....

—Este c6mulo de obligaciones me aburre, dec6a Alicia ; estos cuidados amargan mi existencia. Anhele que crezcan los ni6os y verlos establecidos !.... Corramos algunas p6ginas mas.... H6 aqu6, ya todos son j6venes !....

En efecto, todos eran j6venes, y aun casados, pero Alicia era abuela ; entonces sobrevinieron las enfermedades, los achaques y padecimientos de la vejez ; sin contar que aquellos cuidados que hab6a pasado con tanta rapidez se hab6an convertido en graves disgustos. Pobre Alicia ! el vac6o se dejaba sentir en derredor suyo ; sus hijos la olvidaban, perd6a lo que mas amaba. Sola, triste, vacilante al borde del sepulcro, aun conservaba entre sus tr6mulas manos aquel libro, en el que no quedaban mas que algunas p6ginas que leer ; entonces en vez de adelantar hubiera querido poder retroceder ; pero el destino era irrevocable, y cada veinte y cuatro horas aquellas 6ltimas hojas que Alicia no tocaba se volv6an por s6 mismas.

« Ah ! exclamaba, qui6n me devolver6 tantos y tan hermosos dias pasados como un soplo ! Las primeras p6ginas de mi vida eran tan hermosas ! tan brillantes y adornadas de rosa y oro ! En 6stas los caract6res son des-

coloridos 6 negros, y luego no leo en ellas como otras veces : *alegr6as, placeres, caricias de una madre*, y s6 tan solo : *Tristeza, sufrimiento, soledad*. Oh mi juventud ! mi infancia ! mis amigas ! mi madre ! mi madre !....

Alicia sollozaba ; estendi6 los brazos ; y sinti6 un beso en su frente.

—Aqu6 estoy, Alicia mia ! dijo una voz dulce y grata.

—Mam6, mam6 ; eres t6 ? de veras eres t6 ?

—S6, hija mia, tranquil6zate.... pero qu6 tienes Alicia, 6ngel mio ?...

—Mam6.... con qu6 era un sueño !.... dijo Alicia abriendo los ojos: despues reconociendo su cuarto tapizado de azul y 6 su madre inclinada h6cia ella, exclam6 con alegr6a: «S6, ha sido un sueño ! pero muy pesado ! Dios mio, Dios mio, si pudiera ser siempre ni6a ! !....»

A.....

Viv6 tranquilo en mi feliz sosiego,
Viv6 feliz en mis tinieblas yo,
Mas de tus ojos el brillante fuego
Luz 6 la senda de mi vida di6.

De dudas lleno, con temor profundo,
Por entre sombras de incesante mal,
Triste, abatido en mi afliccion, del mundo
Cruz6 mi planta el anchuroso erial.

Y es hoy tu amor mi celestial consuelo,
—Mi bien, mi calma, mi ilusion feliz....
Que amor es luz que descend6 del cielo
Y nadie puede sin su luz vivir.

Esa sonrisa que en tu labio brilla,
De tu semblante el virginal rubor,
Tu sonrosada angelical megilla,
—Mi pecho inundan de ferviente amor.

Sin 6l la vida 6 su dolor se entrega,
Sin 6l no puede el coraz6n sentir,
Y si la muerte silenciosa llega
—Yo en brazos quiero de tu amor morir.

Adios... Apenas mi placer resisto, y abla
Placer inmenso, sin igual placer. *para el*
Dulces Sirenas por dó quier he visto!....
Pero ninguna como tú, mujer.

E. DE OLAVARRIA.

REVISTA DE MADRID.

Modas.

La moda, amables lectoras, ha declarado la guerra. ¿Y á quién? me preguntareis. A todas las finjidas historiadoras de telas y de encajes.

—¿Pero qué se entiende por falsas historiadoras?

—Ciertos hombres que se introducen furtivamente entre los batallones femeninos de las redactoras de modas, y que á cada instante cometen heregías monstruosas de buen gusto y elegancia.

Un periódico de modas es verdaderamente una cosa muy grave é importante, sobre todo para las provincias y para los países extranjeros.

En París, en Lóndres, ó en Madrid, una dama elegante está en el centro de la coquería y de las novedades. Ella sabe muy bien lo que se lleva; puede elegir entre los objetos de actualidad aquellos que vea admitidos en la buena sociedad, y nunca puede verse engañada por escentricidades mentidas é imposibles.

Pero en las provincias es muy diferente. El Boletín de Modas es una autoridad: se le lee, se le consulta como á un oráculo.

Hé aquí por lo que muchas lindas provincianas creen seguir en todo y por todo las modas de aquellas capitales, y á nada se parecen menos que á una parisiense ó á una madrileña. ¿Y todo esto en quién consiste? En los hombres, que han tomado la absurda pretension de querer hablar de vestidos, tocados y guirnaldas.

¿Se puede concebir que un hombre, por mas vueltas que le dé, acierte á describir el modo de hacer un lazo de cinta para una papalina?

A este propósito no podemos resistir al deseo que nos asalta de citar la oportuna ocurrencia de una de las redactoras de la *Emancipacion belga*.

Con respecto á cintas, dice esta mujer, verdaderamente espiritual, un hombre no debe ocuparse sino de la de la Legion de honor.

Bravo, señora, si quereis prestarme vuestro gracioso apoyo daremos entre las dos nuestro golpe de estado, arrojando á los hombres de nuestros dominios.

Que un maligno folletinista se chancée de nuestras *toilettes* se comprende bien; pero que un hombre se abrogue el derecho de decirnos cómo se adorna un vestido de baile, esto pasa ya de lo permitido.

Lo que me prueba que los hombres conocen su error es, el que no declinan con franqueza y lealtad sus nombres, y su cualidad de redactores.

Conocen que solo una mujer es capaz de apreciar tal ó cuál adorno, y para engañar mejor á las lectoras que tienen la desgracia de ocuparse de sus artículos de Modas, los firman con los nombres mas brillantes y poéticos: Vizcondesa por aquí, Marquesa por allá; Blanca ó María en una novela, Corina ó Etelevina en una poesía.

Si yo fuese mal intencionada denunciaria aquí estos redactores con pantalon ó cuello postizo. Pero quiero ser indulgente contando con que el buen gusto de mis lectoras sabe distinguir el grano de la zizaña.

Dando esto por supuesto, y para llenar mi mision, me contentaré con referirme para vestidos de visita y baile al lindo figurin que acompaña. Para las próximas funciones de iglesia la moda ha dispuesto el uso de vestidos algo mas sencillos, aunque siempre lujosos. He visto alguno de gro negro con volantes tejidos de dibujos morados.

Es indudable, sin embargo, que en la Semana Santa se llevarán muchos vestidos de terciopelo, y magníficos velos de blonda, traje el mas á propósito para la visita de Estaciones de Jueves Santo.

JULIA.

Esplicacion del Figurin.

Figura 1.^a *Traje de visita.* Vestido de muaré antiguo, morado, su falda adornada de un delantal á la duquesa: este delantal está guarnecido de una blonda negra ancha, y lazos de cinta. El cuerpo, hecho á lo Inés Sorel, es decir, con aldetas redondas y sesgadas, tiene una pieza de pecho que viene á morir en punta á la cintura. El escotado es gótico y cuadrado, y tiene á su alrededor dos guarnicioncitas festoneadas del mismo muaré separadas por un rizado de blonda negra. La pieza del pecho figura cerrada con botones de oro cincelados. Las mangas, de un estilo nuevo, son abiertas de arriba abajo: estas aberturas, correspondientemente adornadas de una guarnicioncita de muaré y blonda, están cogidas con botones de oro y dan salida á los huecos de encaje; una guarnicion de blonda ancha en la manga cae sobre los vuelos de encaje. Camisolín, liso y alto, de punto de Inglaterra. El sombrero, formando encañonados, de terciopelo y blonda, con caprichos de marabús y plumas á los dos lados. Pulseras de terciopelo negro.

Figura 2.^a *Traje de baile.* Vestido de raso, color de boton de oro, cubierto con dos faldas de gasa del mismo color. La primera falda tiene cuatro órdenes de follados anchos de tul de ilusion, sostenidos de trecho en trecho por presillas de raso: alrededor del segundo órden de follados se colocan lazos de cinta ancha.

La segunda falda es abierta en forma de delantal, con guarnicion de punto de Inglaterra mas ancha en el bajo que por los lados: el delantal está unido á lo demas de la

falda por dos lazos de cinta de raso en cada lado; cuerpo al estilo de Luis XV, todo de encaje, formando listas, separadas per rizados de cinta: las mangas muy cortas y cogidas con un gran lazo. Brazaletes ricos. Guante blanco. En la cabeza, adorno de blonda con ramos de rosas blancas. Bolitas de raso blanco.

Para vestido de baile es indispensable llevar enaguas muy almidonadas con tres ó cuatro volantes.

CHARADA.

De cuatro bardos los ilustres nombres
Encierra esta Charada,
Méditala lectora, y no te asombres,
Si al verla descifrada

Hallas que del talento en la demencia
Despreciaron los cuatro su existencia.

Cual flor fragante que al nacer espira
Porque la seca emponzoñado ambiente,
Con los primeros ecos de su lira
Uno al mundo lanzó su *adios* doliente,
Su vida es ignorada,
Su memoria con él fué sepultada.
Mi *primera* y *segunda*
Su nombre fueron, y nació en el suelo
Que el claro Betis plácido fecunda.

Bajo el sereno cielo
De la ruidosa capital ibera
Tuvo cuna y sepulcro el que llevaba
Por nombre mi *segunda* y mi *tercera*.
Alto su nombre, y con razon estaba,
Grande es su gloria, cual su número era.

Con mi *primera* y *cuarta* conocido
Era el jóven cantor, que haciendo alarde
De falsa dicha y de placer mentido,
Buscó el eterno sueño del olvido
De Carnaval en una alegre tarde.

En *mi todo*, bellísima lectora,
Se encuentra el nombre que me falta ahora,
Bardo hispano tambien en la arrogancia,
Que halló sepulcro en la vecina Francia.

V. ACON.